

>>> carencia a sociedades pletóricas. Fíjate, por ejemplo, en la comida: después de milenios en los que era rara y preciada, desde los años sesenta tenemos acceso a ella en todo lugar, todo el tiempo, la malgastamos, la tiramos... Ese exceso es tóxico para nuestros espíritus y para nuestros cuerpos. Un experimento clásico lo demuestra, el de las "ratas de cafetería". Un grupo de ratas tiene acceso libre a la comida, pero son siempre los mismos alimentos: los animales comen con moderación y paran cuando están llenos. Se comportan normalmente. Otro grupo tiene acceso libre también a la comida, pero a una comida grasa, demasiado salada o dulce, con colores y sabores variados, ¡la nuestra! Muy rápido, las ratas de este segundo grupo se vuelven obesas y no dejan de comer, incapaces de parar.

¿La profusión de elección nos lleva a comportamientos desequilibrados, a adicciones?

C. A.: ¡Sí! La plétora, el exceso, se nos presenta como una suerte y un factor de libertad, y lo es en cierta forma –si no, pregunta a las personas que viven en sociedades con carencias–. Pero plantea, en realidad, nuevos problemas que tan sólo empezamos a comprender. La cuestión va más allá de la comida: por medio de las nuevas tecnologías estamos también sobrealimentados de propuestas, de información y de distracciones. Y funcionamos como las ratas de laboratorio. Nos cuesta resistirnos, elegir. Querriamos engullirlo todo, por miedo a perdernos alguna cosa. Nos volvemos obesos de informaciones inútiles, de lazos virtuales. Nuestra capacidad de autorregulación está perturbada. Nuestras pantallas son tan seductoras, es tan fácil ponerse delante de un ordenador, delante de la televisión, que le dedicamos una parte enorme, excesiva, de nuestro tiempo y, por tanto, de nuestra vida.

Estamos descubriendo las nuevas tecnologías. ¿No es normal que estemos fascinados por ellas?

C. A.: Sí, y tenemos que adaptarnos. La historia de la humanidad está jalonada de nuevas apariciones tecnológicas. La escritura fue también una revolución igualmente fundamental. Pero tardó siglos en difundirse en el conjunto de la humanidad. Lo que es nuevo y excepcional es la rapidez con que Internet, el teléfono y los ordenadores han conquistado el mundo. Esta rapidez ha sido

"Las pantallas sólo son una oportunidad si las dominamos, si las excluimos de numerosos momentos de nuestra vida"

CHRISTOPHE ANDRÉ

impulsada por poderosos intereses comerciales, hemos sido víctimas de *dealers* hábiles e inteligentes que nos han hecho creer que seríamos una nueva humanidad, más evolucionada, gracias a las pantallas. Tonterías: la humanidad conectada es, para empezar, una inmensa fuente de beneficios económicos, de ahí el interés que existe en alimentar el mito del "humano 2.0".

¿Así, en su opinión, las pantallas no tienen ningún efecto positivo?

C. A.: Por supuesto que sí. Las pantallas, Internet, los SMS o los móviles son otras tantas herramientas formidables. Nos permiten visitar las bibliotecas y los museos de todo el mundo, hablar con nuestros hijos aunque estén en el otro punto de la tierra... Pero el riesgo es estar sólo en contacto con el mundo a través de ellas, dedicarles todo nuestro tiempo. Las nuevas tecnologías deben ser consideradas como oportunidades peligrosas. En el mismo lugar que el coche: un gran descubrimiento, pero que contamina, puede matar y, finalmente, nos hace perder muchísimo tiempo –los atascos...–, a pesar de que fue pensado para que lo ganáramos. Las pantallas son sólo una ventaja si las dominamos, si las excluimos de muchos momentos de nuestra vida. Existen en California, en Silicon Valley, numerosas escuelas sin pantallas en las que la pedagogía es tradicional: pizarra negra, papel, lápiz, etc. A pesar de su coste muy elevado, los directivos de Facebook, Yahoo! y Apple se pelean hoy por colocar en ellas a sus hijos: saben que las pantallas no son indispensables en las escuelas, ni mucho menos. Eso se llama cinismo: incitar al mundo entero a consumir los productos que yo vendo, pero proteger de ellos a mis propios hijos.

No podemos retroceder en el tiempo...

C. A.: No hace falta retroceder, las tecnologías son una forma de progreso. Pero hoy sabemos que el progreso tiene también una parte de sombra. En Occidente, la línea de demarcación ya no pasa entre los que poseen una pantalla y los que no. Pasa entre los que hacen un uso razonable de ellas y los que no. Pero también hay, aquí y allí, signos de lucha contra la invasión: ir a sitios sin conexión, desconectar el móvil en vacaciones... Ciertos rechazan radicalmente conectarse, como el poeta Christian Bobin, que no tiene ordenador y escribe a mano. Estoy convencido de que ello contribuye a la